

# Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO  
Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.

FIESTAS CONTRAPRODUCENTES



20cts.

—¿Conque te molestan las fiestas que yo te hago? Bien te gustan, en cambio, las autorizadas por Roma.

—Porque esas son fiestas para descansar y las tuyas para todo lo contrario.



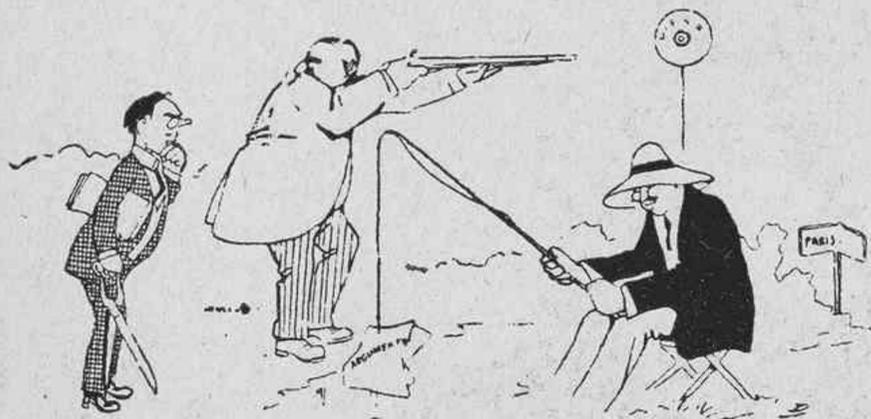
# DE TODO UN POCO



En cuanto asoma la Primavera, coincidiendo generalmente con la festividad de Resurrección, aparecen sobre la escena de los teatros de la Princesa y Príncipe (calle de) las tan cantadas, encantadas y decantadas compañías de extranjos, que son casi siempre un desencanto.

¡Pobres golondrinas del arte, que venís á hacer nos la Pascua! (dicho sea metafóricamente, es claro). No sabéis cómo las gastan por acá los hojalateros, ni con qué bueyes aráis ni con quién os jugáis los cuartos.

Nuestro público sabe más de lo que parece, y vuestras TOURNÉES POUR L'ESPAGNE ET LE MAROC—anunciadas al son del bombo y de los platillos farandulescos— no le convencen, ni le «epatan» ni le *resultan* (que decimos aquí los clásicos).



¡Infelices *cabotins*, asendereados, manoseados y ajetreídos, que salís de vuestros «camerini» nativos para rematar en las tablas del ruedo teatral matritense!

¿Cuál de vuestros actores trágicos puede resistir la comparación con nuestro óptimo, supremo y magnífico Borrás?

¿Qué «caricato» ó «buffo» competir con el flaco señor *Verita* ni con el ídem de memoria Ontiveros, que ya no se acuerda (digo, se acuerda) de las que comenzó á publicar en *La Hoja de Parra*?

¿Qué actriz de exportación (de las vuestras) se sabe calzar el alto coturno con el brío, la elegancia y la distinción de nuestra marquesa de Fontanar, condesa de Balazote, etc., etc? ..

¿Qué hay en los *elencos* «italianinis», ni en las *troupes* «franchutas», asemejable ó parangonable á nuestras listas y «formaciones»?

¡Nientel! ¡Rien du tout! ¡Nada!!!...

Venirse, por lo tanto, á estas horas y á estas alturas con un repertorio que conocemos de sobra ya, por haber entrado á saco en él nuestros desahogados y frescachonísimos truchimanes, es algo así como descubrir el Mediterráneo.

En estos tiempos de arrebatapas, fusilamientos, refritos, plagios, desarreglos y adaptaciones, ¿no es una insigne tontería que tratéis de darnos gato por liebre y servirnos los manjares recalentados, si ya nuestros paladares y estómagos se estragan con el abuso de esas exóticas viandas, y esos condumios transpirenaicos y esos comistrajos de allende el *mare nostrum* latino? ..

¿Qué se nos puede dar á nosotros de que los «divos» y las «étoiles», roncós y trasnochadas, nos visiten á la hora de las primeras lilas?

Ni un pimiento, ni un maravedí ni un comino se nos importa de este arte de importación, cuya última amenaza de amenizarnos las primaverales veladas es el «Gran Guignol Italiano»...

De *polichinelas* y de *fantoques* andamos por aquí tan sobrados, que ¡maldita la falta que nos hacéis!...

\*\*

La apertura del teatro político ha corroborado la exactitud de mi afirmación precedente.

El galán joven Sr. Gasset quiso refundir la manida y traspapelada obra *El ratón pelao*, una de las mejores de la farsa caciquil española, y trató de convertir el carro del poder en el de las «Cortes de la Muerte», del gran escenógrafo Cervantes.

Mas no están el *hemicirco* para Quijotes ni el retablo canalejista para maeses Pedros...

Y aunque el ex ministro de Fomento—reencarnación del abate Kneipp, por sus ditirambos, laudes y panegíricos en loor de la curación por el agua—se atuvo al canon del titirero: «Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala», el dueño del cotarro se encargó de hacerle apear de su burro (por las orejas) y sentir el mefítico y nauseabundo vaho de las sentinas y atarjeas electorales.

Résultado de todo ello: que el carro ó carreta de las «Cortes de la Muerte» sigue siendo albergue de *vivos* .. Y que el Sr. Barroso (no obstante su cognombre simbólico, emblemático y, en cierto modo, onomatopéyico) salió más limpio que una patena inmaculada de los fangales en que le suponía empantanado el paladín de la famosa política hidráulica.

Y que el *Ratón pelao* debe sustituir en los escudos, blasones y banderas patrios al «león de Castilla» (nombre que no hace mucho otorgó á Vicente Pastor un *rotativo* de la noche)...

\*\*

La falta de pelo del ratón y el sobrenombre del ya «ex» ídolo madrileño, traen—por los cabellos—á mi magín la puntiaguda ó corniafilada cuestión de la presidencial oreja del Gallo.



Los revisteros han dejado asomar la suya, al defender y preconizar la excelsitud de la concesión; y, como yo tengo *puntas* de vista en negocios de tauromaquia, tomo el olivo á lo Rafael, me salgo de naja, me tiro al callejón de cabeza y cedo los trastos á *Bienvenida*, que en la llamada quinta de abono nos demostró que el del *Chantecler*, á su vera, es un héroe del Dos de Mayo...

Carlos Miranda.

## = EL QUID =

Se murió el padre de Lola en Febrero del noventa, llevándose con la vida la llave de la despensa. El pobre no tuvo nunca reunidas dos pesetas, y dejó como recuerdo de su paso por la tierra una infinidad de trampas, un loro y una escopeta.

—¿Qué hacemos?—dijo la madre—.

¡La situación es tremenda!  
¡Se acabó nuestra fortuna!

—Pero, mamá, ¿es que usted sueña?

¡Si, papá estaba cesante desde que nació Carreras!

—Sí; pero no nos faltaba ninguna noche la cena, ni el cocido por la tarde, ni en invierno las esteras, ni en verano los sorbetes, ni trajes, ni manteletas, ni nada... Que á él le fiaban en casi todas las tiendas de Madrid, porque tenía diplomacia y mano izquierda, é ibamos viviendo gracias á su falta de vergüenza.

—Hay que trabajar.

—Es claro.

—A mí me gusta la escena. Mamá, ¿quiere usted que entre en el teatro?

—¡Qué ideal! Tú tienes disposición, talento, gracia, belleza, buen oído, voz... No hay duda, el teatro es tu carrera. Y mira, precisamente en el segundo derecha vive un autor... Yo le hablo esta tarde á la portera, mañana vamos á verlo y pasado te presenta en un teatro... ¡Hija mía! Nos salvas... ¡Bendita seas!

—Es mi niña.

—Servidora.

—¡Muy linda!

—¡Usted exagera!

—La pobre está algo cortada.

—¿De modo, que usted desea?...

—Pues hemos venido á menos, si es posible que aun hubiera menos que aquello, y la niña quiere trabajar... Se empeña... ¿Cree usted que sirve?

—Parece..

—¡Pues, digo, si usted la oyera cantar, cuando friega el suelo, aquello de *La verbena*:

*El ojo tiene seis puentes!*

—¡Señora!

—Bien, viceversa.

—Y... ¿tiene novio?

—Lo tuvo,

pero resultó un tronera y le despidió.

—Y... ¿lo otro?

—¡Caballero! Es una ofensa.

Es pura como su madre...

¡Claro, que antes de tenerla!

—Pues la meteré en el coro de Eslava.

—Donde usted pueda.

... Tomó una criada Lola, que iba al ensayo con ella, «para que viera la gente del teatro lo que era» y acabasen las miradas y las frases indiscretas. Y... resultó que al maestro le gustó la chica aquella, que Lola la echó á la calle, que la chica era ligera de cascos, y que el maestro la recomendó á la Empresa... ¿Voz? Ninguna. ¿Arte? Ninguno. ¿Decoro? Etcétera, etcétera.

... Llegó la criada á tiple de las de *primera fuerza*, con quince duros diarios y con fama de eminencia, mientras Lola conservaba su decoro en toda regla, ¡pero sin pasar la pobre jamás de las dos pesetas!!

Felipe Pérez Capo.

## CANTARES

Por el día luce el sol;  
de noche la luna brilla;  
tus ojos son sol y luna,  
pues me alumbran noche y día.

Dicen que soy poeta  
de tres al cuarto;  
pero yo bien presumo,  
pues sé que valgo.  
¡Si cada verso  
que te dedico, niña,  
me vale un beso!

Sólo dirá que eres mala  
aquel que no te conozca...  
¡Si tienes alma baturra  
y corazón de manola!

Gabino Peraifa.

## SINCERIDAD



—Dos horas llamándole y sin venir. ¿Es que no me ha oído?

—Sí, señor.

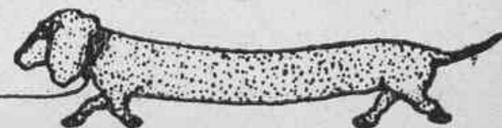
—¿Y por qué no vino á abrirme?

—Porque usted llamaba al sereno, y yo en este momento no lo estoy.

# CUESTIÓN DE HORA



—Mira, Pepe, qué par de modistillas para un avío. ¡Quién pudiera coger una esta noche á las doce!  
—Yo querría mejor pescarlas á las dos en punto.





—Cada día te encuentro más guapo, Paquito.

—No, hija; lo que me encuentras es con más dinero y por eso te parezco más guapo.



*Las flechas del amor* se titula la última novela de Alberto Insúa, y este título no me parece el último grito de la preciosidad. Pero la novela está muy bien.

Insúa es uno de los más firmes prestigios de la juventud intelectual, y ya sabéis que ahora el verdadero mérito está entre los jóvenes; apenas quedan media docena de viejos pre-

te escrita. Insúa ha llegado á la completa supeditación *del gran rebelde*, como le llamó al estilo el admirable poeta Villaespesa. Escribe sin la preocupación de la forma, con una gran justeza y una perfecta naturalidad. Describe los más complejos estados de alma con una inestimable transparencia, y en esta novela, que es carne palpitante, nos da una honda emoción de humanidad, de sentimiento y de fuerza vital.

Y no va más, que aunque sea justamente, como en este caso, no es oficio que me agrade el de incensador.

La acción de la novela se desarrolla hace más de veinte años, aunque el autor crea que es de una completa actualidad. Para darle carácter madrileño nos habla del antiguo teatrillo de Maravillas, que ha desaparecido hace cuatro lustros. Y también de aquellos nefandos riperts, que se desvencijaban antaño por esas rúas y molían los huesos de los viajeros. Y eso es muy madrileño... del Madrid desaparecido, afortunadamente.



Alberto Insúa.

sentables. La generación de los pseudo-románticos contemporánea del poeta académico Núñez de Arce está completamente vencida y arrinconada. Extendamos el velo del olvido sobre tanta ramplonería.

*Las flechas del amor* es una novela madrileña, hermosamen-

Hace unas noches vi á *El duende de la Colegiata* acompañado de tres elefantes. Le seguía una multitud de admiradores.

No es que me choque la compañía de los paquidermos. ¿Quién es el que no ha circulado por ahí con tres autores de género chicho, ó con tres señores miembros de alguna Academia?

Quiero hacer notar que la multitud iba en pos del periodista, haciéndole una manifestación de simpatía. Y á mí me parece muy bien.

*El duende* ha obtenido un gran éxito periodístico, y lo prueba el que en todos los periódicos le imitan, cultivando la información. Es un indiscreto muy simpático que da diariamente una nota muy amena, muy interesante y á veces muy honda. Las informaciones del presidio de Figueras y del manicomio son de un gran interés para el público. Generalmente ahonda y detalla cosas y aspectos de vida que pasan desapercibidos para la frivolidad colectiva.

Cierto que es algo vanidosillo y que cree que todas las damas se enamoran de su bigote rubio y de sus guedejas. ¡Qué más da! Todos somos un poco conquistadores y disponemos de miradas *de terrible Pérez* para rendir corazones femeninos.

Lo cierto es que tiene un gran sentido periodístico y que ha triunfado. La Sociedad Editorial debe mimarle, porque le ha dado una enorme popularidad al *Heraldo*.

Don Fernando Porset, mi compañero en MADRID CÓMICO, que ha popularizado el seudónimo *Colirón*, ha publicado un libro de intimidades y de cosas teatrales.

Es un libro muy interesante, en el que todas las artistas se nos presentan con admirables trazos espirituales y con una plena personalidad.

Su estilo es suelto, flexible y elegante. Creo que agotará la edición en seguida y yo me congratularé con ello.

Emilio Carrere

## TIPOS COMICOS

## El hombre rico.

Al decir hombre rico no nos referimos á los que poseen un saneado patrimonio ni á los que, careciendo de grandes medios de fortuna, merecen por su liberalidad y generosidad el laudatorio dictado de espléndidos.

El *hombre rico*, considerado como tipo social, es un ente especialísimo y grotesco, muy curioso. Generalmente, la fortuna de estos *hombres ricos* no alcanza para hacerlos flotar sobre una lamentable burguesía, privándolos de las grandes vanidades, de la realización de los estupendos é incomprensibles caprichos y deseos que ennoblecen la vida de los magnates y poderosos. No obstante, pueden añadir una molleja al clásico cocido y un chorizo á las tan espirituales alubias, platos ambos ideados seguramente por un círculo de Eolo, dios de los vientos. Pueden también concurrir á los cafés y á los *cines*. Y como su mentalidad no está hecha para las grandes alturas, se conforman con estas pequeñas venturas.

Por lo demás, estos admirables *hombres ricos* sólo son unos apreciables caimanes que no han leído ni la Biblia, ni el Quijote, dos libros que, bajo pena de escarnio, debían estar en todas las casas y en todas las conciencias. Para reunir céntimo á céntimo su nefanda fortunilla, han tenido que vivir aislados, apartados del mundo de las especulaciones científicas, artísticas, literarias, entregados á un trabajo material, embrutecedor y abrumador, y así, cuando ya pasada la gloriosa juventud sin una rebeldía, sin una pasión, llegan á la madurez, resulta que son únicamente unos encantadores asnos, cargados de calderilla.

La vida de estos *hombres ricos* se ajusta al siguiente patrón: Un día, el ferrocarril trae á la Corte, desde un rincón de la Península, á un muchacho sano, fuerte, con el color como una manzana y la cabeza redonda y pelada como un queso. A los pocos días el muchacho ingresa en una tienda, que puede decir como una cárcel, y allí se consume su juventud tristemente sin ver el sol, oyendo siempre hablar del negocio, del tanto por ciento, de la calidad de los géneros, y de tantas otras cosas idiotizadoras, y jamás de una ilusión, de algo perfumado y loco, que es la esencia de la vida, la emoción, el movimiento del espíritu, el flujo y reflujo del pensamiento, del éxtasis ante lo bello. Y cuando ya estos hombres se han familiarizado con el medio y son solamente como una prolongación del mostrador, se sienten un poco dromedarios, y se dicen: «¡Vaya! ¡Es menester ser rico!» Trabajan como una caballería, ahorran y al poco tiempo les vemos al frente de un establecimiento con una rutilante sortija en el dedo meñique.

Pero, ¡oh, lector!, lo triste es que estos *hombres ricos*, tan efímeramente pertrechados de cortesanía, de sociabilidad, de ilustración, se lanzan al mundo para mofa y ludibrio de las personas

que sabemos que su dinero no les sirve para nada, aunque ellos se codeen con el mundo para darse el placer bestial de que los otros mamíferos digan á su paso: «Ahí va Don Fulano. Está rico»,

mientras ostentan su fulgurante sortija que brilla con luz lucidora entre los villanos sabañones y á nosotros nos causan un poco de pena, un poco de risa.

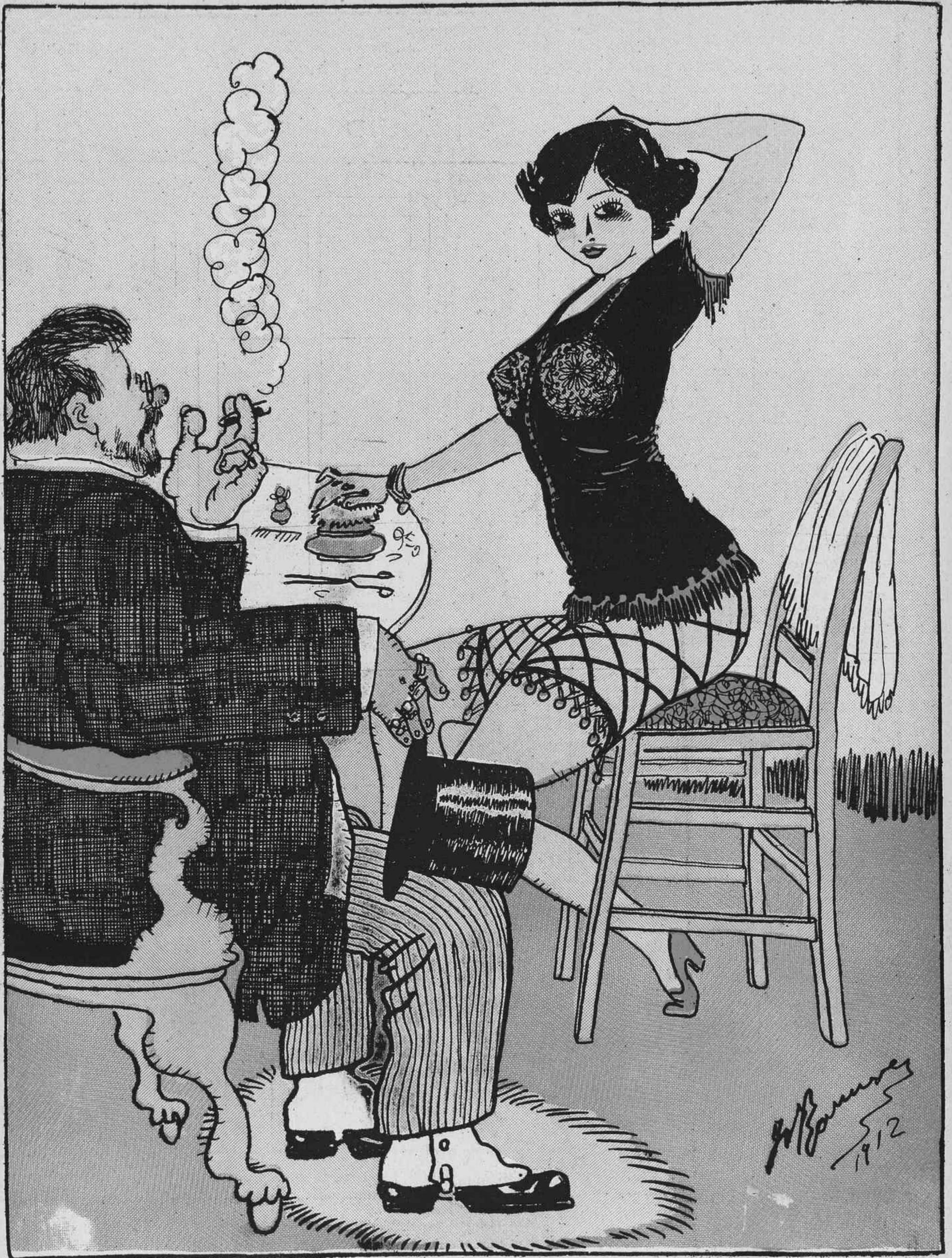
Antonio Roldán.

## DE EXAMEN



- Defíname usted el fraude.
- Pues... viene á ser una cosa... como si ustedes me suspendiesen.
- ¿Cómo es eso?
- Porque, según el Código penal, se hacenreos de fraude los que aprovechándose de la ignorancia de uno, le ocasionan un daño.

EN EL CUARTO DE LA TIPLE



—En la obra que estreno mañana tengo que salir con diez y siete trajes distintos.  
—¡Qué barbaridad! Te habrás gastado un dineral.  
—¡Cá, no lo creas! El que más, tiene media vara de tela.



Un pollo.—¿Tres meses detrás de ella y todavía no le has dicho una palabra?  
El otro.—No, chico. Tengo miedo de que lo oiga la madre.  
La madre.—(¿Qué la irán diciendo ahora? ¡Maldita sordera!)

## ENTRE MEDICOS



- ¿Qué haces, chico?
- Ya lo ves. Matar el tiempo.
- Tú siempre ejerciendo la profesión.

## EN CASA DEL GUARDA



- El amo me manda preguntar cómo siguen los alcor-  
noques.
- Dígale que han aumentado desde que está él aquí.

## LA ALTA NOCHE

## Capricho cortesano.

La alta noche. Por la acera resonaban tus pisadas como á hueco en el silencio de la calle solitaria. La alta noche Mandatario de los fueros de mis ansias te seguí, la boca seca y anhelosa la mirada. Gallardeabas pinturera los encajes de tu enagua, y á tu cuerpo se ceñía — crespón y flecos de á vara — la joyante urdimbre rica de un pañolón de chulapa. El negror de tu cabello bajo la luna brillaba, y fulgía débilmente tu peñeta recamada. Música llena de vivas invitaciones malsanas era el *fru fru* del pañuelo y las sedas de tu falda. El eco fiel repetía el sonar de tus pisadas; y era el cielo claro y limpio dosel de tus arrogancias... Te seguí, testigo mudo de la apostura gallarda

de tu cuerpo de real moza, y al fin me halló tu mirada. (Corazón, ¿dónde tenías oculta esa fibra rara que vibró hasta la tensión dolorosa de mi alma? ¿De dónde salió la fuerza que resistió la inflamada llama negra de tus ojos, cruel, misteriosa y arcana?) Erau tus ojos enigmas negros bajo las pestañas triunfantes en la gloriosa seda de tu cara pálida... Eran enigmas tus ojos que descifraron mis ansias. Claro de luna. Un instante se hablaron nuestras miradas, y en un diálogo elocuente de conceptos sin palabras se confirieron los hondos anhelos de nuestras almas. Luz de luna. Prisionero en una urdimbre de plata quedó el anhelo impreciso de tu carne de gitana, y el hechizo de tu boca abrió su flor encarnada. La alta noche. Estremecida de pasión tu carne de ámbar, tremó bajo la caricia de mi mano, que tremaba, y encendida nuestra sangre del fuego de nuestras almas,

unidos ya por la acera, sonaron nuestras pisadas confundidas como á hueco en la calle solitaria, y fué el cielo claro y limpio magna cúpula estrellada, dose! de mi dicha nueva, palio de mis arrogancias.

N. Hernández Luquero

## LA CELEBRIDAD

El cronista confiesa ingenuamente que no quisiera ser hombre célebre. Y esta confesión, llena de modestia, no es la confesión de un renunciamento; es la confesión de un temor. Los hombres célebres, antes de serlo, vivían su vida mansa, apacible, bajo el sol. El ritmo de su corazón era sereno, cándida la tersura de su frente, pura la luz de sus pupilas, infantil la sonrisa de sus labios. Vivían en la grata frivolidad del rebaño, y no hubieran osado elevarse del plano, temerosos de que su cabeza, su graciosa cabeza rudimentaria, asomara por cima de las otras cabezas. ¡Noble humanidad evangélica! Pero he aquí que un día conturbó su espíritu el perfume de una flor, la perversidad de una mirada femenina, la

euritmia de una mujer, la música de unos versos, y conmovidos, vieron cómo sobre los lares tranquilos y risueños pasaba un fuerte viento de ambición. Y liando el petate, pusieron su planta en ese camino de ensueño que lleva al Ideal. Y aquí el cronista derrama una lágrima piadosa.

—Yo seré pintor, yo seré escultor, yo seré músico, yo seré filósofo, yo seré literato. ¡Sí, sí, literato, literato, literato!— Y los hombres que querían prenderse la aristocrática flor del arte, quizá para cooperar á esa exuberancia nacional que hace de cada español un escritor, sintieron la dominante necesidad de ser literatos.

Los ingenuos jóvenes aspirantes á célebres pensaron en los periódicos y se dijeron: «Allí está la Fama.» Y medrosos, tímidos, apocados, aunque ardiendo en su mente el fuego del entusiasmo, llegaron á un periódico con el sagrado respeto de quien va á ser iniciado en una nueva y misteriosa ciencia. Y recortando sueltos, noticias y despachos, ya generalmente insertados en otros periódicos, para adherirlos con obleas á las cuartillas, dieron sus primeros pasos en esta gloriosa profesión de periodista, que los tontos calumnian y los menos tontos desdeñan. Y aquí el cronista derrama una gota de sangre de su corazón.

¡Ah! ¿Pero el cronista tiene corazón?

Los hombres que fatalmente habían de ser célebres vieron absortos, estupefactos, unas cosas insólitas. Vieron cómo un compañero—la palabra compañero, ¿no era irreverente?—, cómo un compañero que ostentaba el prestigio anglo-sajón de su sombrero de copa alta, decía cosas estupendas de los gobiernos, de los ministros, de los diputados; cómo otro compañero decía unas cosas maravillosas, increíbles, de los artistas; cómo otro hablaba de teatros y otro de tribunales, y otro de sociedad y otro de ladrones. Y el hombre que iba á ser célebre reía; como él no valía, no podía, no intentaba escribir sobre todas esas hondas cuestiones. Y se encontraba solo, aislado espiritualmente entre aquellos caballeros. Y un día el redactor-jefe le dijo con una ironía incisiva, clavándole las palabras como saetas: «Fulano; ¿por qué no hace usted algo?» Y un redactor muy gracioso, que hacía chistes, respondió: «Ya va haciendo algún crimencito.» Y todos rieron de la gracia, mientras la víctima callaba, callaba. Su martirio era una expiación.

Y aquí el cronista derrama... ¡Oh, no! El cronista no dispone de una sola gota de hiel.

El hombre que había de ser célebre llegó á serlo, y la obra que había realizado en el silencio, en la soledad, en el abandono, salió brillante y esplendorosa á la luz de un día glorioso. Pero este día fué el más doloroso de su vida. Quiso decir: «Mirad, mirad. Ya he hecho algo.» Y los escribas y fariseos, iracundos, crueles, gritaron: «¡Que muera, que muera en la cruz!» ¡Oh, no! El cronista confiesa ingenuamente que no quisiera ser un hombre célebre.

Constantino Amador.

## SUICIDIO FRUSTRADO

Periquito Tontúnez —  
un mozalbete  
elegante y cumplido  
que es de Segovia —  
se halla todas las tardes  
en un gran brete,  
cuando, de amor henchido,  
va á ver la novia.  
Como sus relaciones  
son aún secretas  
y ella vive en un piso  
que es un reducto,  
la muchacha se asoma  
tras las macetas  
y él la habla desde lo alto  
del Viaducto.  
Como está á la baranda  
siempre adosado,  
se ha fijado en Tontúnez  
el *ciento quince*,  
que es un guardia gallego  
que está dotado  
de nariz de podenco  
y ojos de linco.  
El tal guardia una tarde  
se acercó un poco  
para oír las palabras  
del *calavera*,  
y oyó que Periquito,  
del todo loco,  
á su novia decía  
de esta manera:  
«Les dices á tus padres  
que, por odiarme,  
harán que se exacerben  
las penas mías,  
y, aunque no me dió nunca  
por suicidarme,  
ya pienso en el suicidio  
todos los días.

Siento ganas á veces,  
en un exceso  
de amor, de desplomarme  
sobre el asfalto  
y enviarte, en el aire,  
mi último beso;  
pero... ¡¡rebambalinas!!  
¡¡está tan alto!!  
Cuando entre tú y yo medie  
menor distancia,  
podré besar tu boca,  
que tanto envidio,  
y aspirar en tu aliento  
suave fragancia  
y pensar mucho menos  
en el suicidio.»  
Aún vibraba en los aires  
el *triste* grito,  
cuando el buen *ciento quince*  
furioso llega  
y coge por los brazos  
á Periquito  
y con él toma el rumbo  
de la *delega*.

—¡Esto eh una injusticia!

¡Ya es propasarse!—  
decía Periquito  
con insistencia.

—Usted, *pollu*, trataba  
de *suicidarse*,  
y *esu nun* lo *tulero*  
yo en mi presencia.

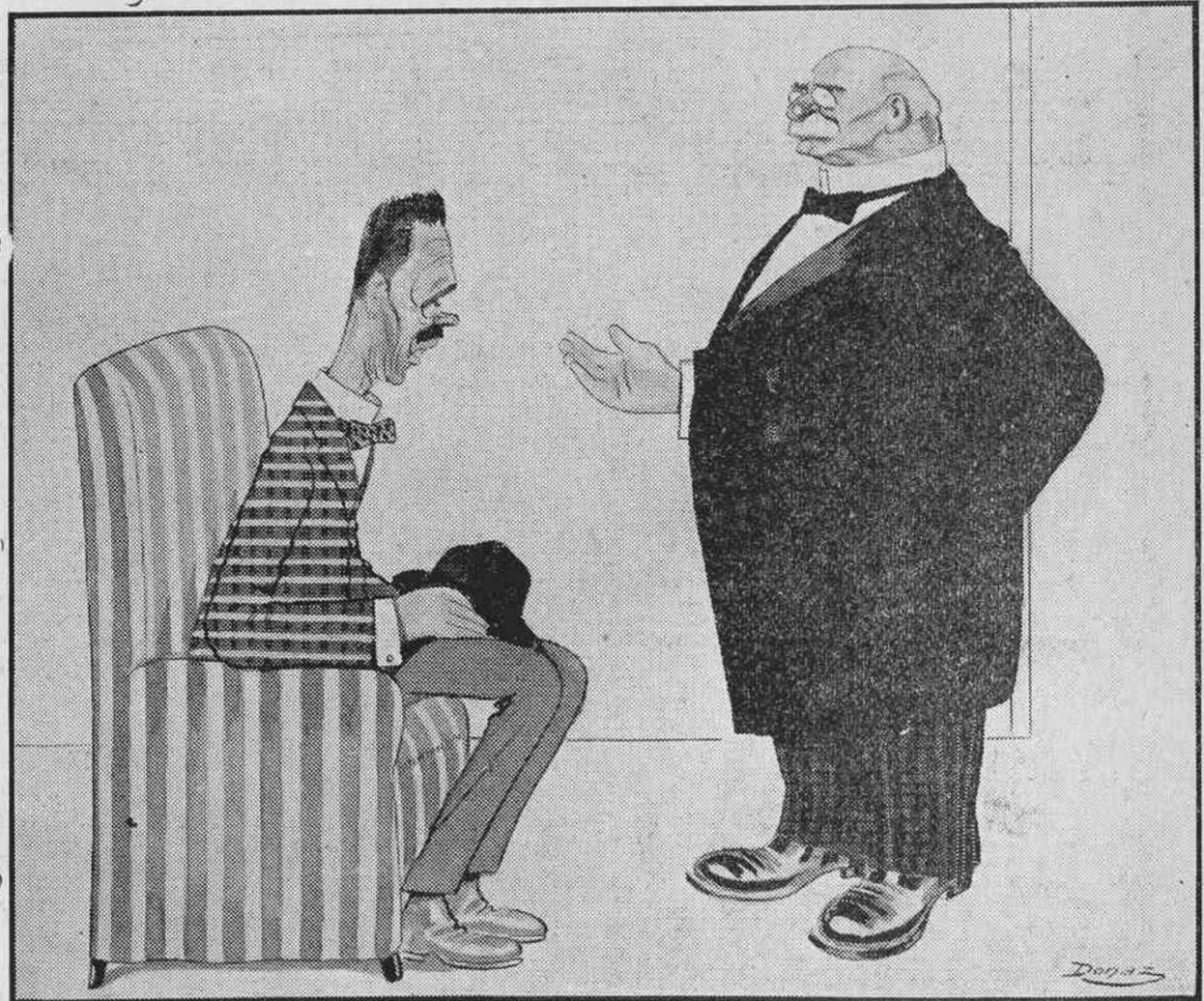
—¡Pero, querido guardia,  
venga á razones!

—A mí *nun* me *cunvencen*  
las añagazas

—¡Si las su *cidas* eran  
mis ilusiones!

—¡¡Pues quedan detenidas  
esas rapazas!!

Mingo Revulgo.



—¿Y usted ha consultado ya con alguien sobre su enfermedad?  
—Sí, señor; con un boticario, que me aconsejó...  
—Alguna barbaridad, ¿eh?  
—... que viniera á verle á usted para que me reconociera.

# LA PAMPERA, Danza americana.

Maestro Romero.

PIANO

*allegro*

*f* *mf*

The first system of the musical score is written in 2/4 time with a key signature of one sharp (F#). It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff begins with a dynamic marking of *f* and contains a series of eighth and sixteenth notes, some beamed together. The bass staff provides a simple harmonic accompaniment with chords and single notes. A dynamic marking of *mf* appears at the end of the system.

The second system continues the piece with two staves. The treble staff features a melodic line with eighth notes and some beaming. The bass staff continues with a steady accompaniment of chords and single notes.

The third system shows further development of the melody in the treble staff and the accompaniment in the bass staff. The piece maintains its rhythmic energy.

The fourth system concludes with a final cadence in the treble staff, marked with a double bar line and a key signature change to two sharps (F# and C#). The bass staff continues with a final accompaniment.

2<sup>a</sup>

*Fin* *ff*

The fifth system is the final system on the page. It begins with a second ending bracket labeled '2<sup>a</sup>'. The treble staff ends with a final chord and a fermata. The bass staff concludes with a final accompaniment. The piece ends with a dynamic marking of *ff* and the word *Fin*.

so 2<sup>a</sup>

#p cres

p f

ff

ff rincres

ala  
hastadin

## El recuerdo de la muerta.

Caía incesantemente la lluvia, enlodando las calles y envolviendo el ambiente con un hábito de melancolía. A través de los cristales del café esbozaban con incertidumbre las figuras de los transeúntes, embutidos en sendos abrigos y discurrendo veloces. Pablo Barberá me sacó del ensimismamiento en que estaba sumergido y me volvió a la realidad.

—Piensas lo que yo—dijo—; si no lo mismo, es muy parecido.

—Hombre, ¿quisieras decirme qué es lo que pienso?—repliqué mientras apuraba un sorbo de café.

—Piensas en mucho y no piensas en nada—contestó; después de lo cual se encerró en un mutismo que algo tenía de macabro. Me intrigaron sus raras filosofías y frecuentes transacciones, hasta el punto de resueltamente abordarle.

—Pablo, estás desconocido, á ti te pasa algo; no comprendo tu reserva hacia mí, que sabes nunca la tuve contigo, porque no creas que he cambiado; á pesar de estos cinco años que han pasado sin vernos, recuerdo y siempre recordaré con júbilo aquellos días que transcurrían sin separarnos, siempre alegres, siempre deseando saber algún secreto para mutuamente revelárnoslo; y sin embargo, ahora...

—Ahora no es lo mismo, Julio, no es lo mismo—replicó sentencioso.

—Entonces...

Echóse el sombrero hacia la nuca con enérgico ademán, y exclamó:

—¡Sí, mejor será! Pero espero de ti una cosa: que después de oírme no me desprecies, sino que me compadezcas. ¿Lo prometes?

—Te lo prometo—contesté algo confundido ante las últimas palabras de Barberá.

Se hizo una breve pausa, después de la cual comenzó:

—Ante todo, siento recordar á la mujer que fué motivo del primero y único disgusto surgido entre nosotros por su causa. Se trata de Carmen.

—¿De Carmen?

—Sí—contestó—. de Carmen, que se ha llevado á la tumba mis dichas, mis esperanzas, mis ilusiones...

—¿Ha muerto?—repliqué oprimido.

—Sí; hace dos años. Era cosa descontada.

Una lágrima surcó mi mejilla al recuerdo de la mujer que en otro tiempo con locura amaba.

Pablo continuó:

—Pues bien; ¿te acuerdas que los dos la pretendimos y yo fuí el elegido? Pues desde entonces data mi desgracia. ¡Ojalá lo hubieras sido tú!...

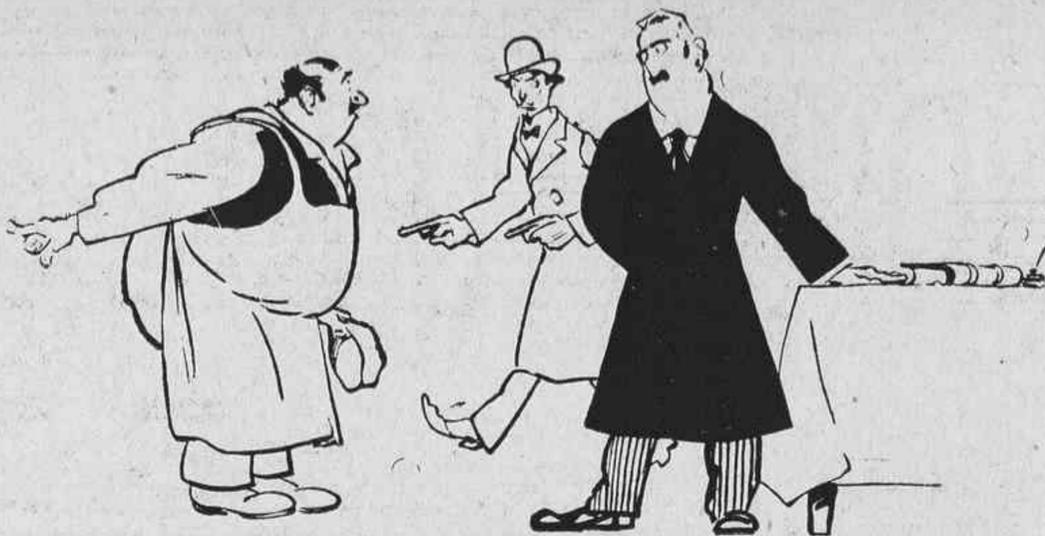
—No te comprendo—balbucí—. ¿No la querías? ¿No te quería ella á ti?

—Sí...

—Pues no lo entiendo.

—No me interrumpas, y óyeme. Cuando nos casamos enloquecí de contento. Cualquiera dicha, por grande que fuera, me parecía insignificante comparada con la mía; y sin embargo... ¡qué antagonismo tan grandel!...

—Seis meses duró nuestra luna de miel, y al finalizar se llevó consigo lo



—La señora marquesa me ha dicho que vayan en seguida, pues cree que tiene asiento.

—Entonces dígame usted que nos espere sentada.

que imposible me hubiera parecido: mi amor hacia Carmen.

Ante todo—prosiguió—, estoy plenamente convencido de que nunca quise á Carmen; me engañé cuando creí lo contrario; no he sentido por ella más que una inmensa sed de placeres, que ella no me escatimaba; un voraz goce de su carne, que amenazaba acabar conmigo y con ella... como ha ocurrido por su parte... pero amor... no... eso, y para purgar mi culpa lo he conocido después...

Cuando regresamos de nuestro viaje, y antes de llegar á su casa, que era la nuestra, me dijo: «l'e voy á presentar á una hermana mía que no conoces; te advierto que es más bonita que yo. Conque, caballero, á ver si nos vamos á enamorar de ella.» Y estalló en una risa loca é infantil, seguida de una tosecilla que me venía preocupando y que corté con rabiosos besos, que ella devolvía con un frenesí irracional.

Varias personas de su familia me fueron presentadas. Entre ellas estaba Blanca, su hermana. ¿Necesitaré decirte cómo ocurrió? Me sería imposible. Sólo sé que desde aquel día sólo ella fué mi obsesión; me enloquecían sus ojos de un negro purísimo, sus carnes como la leche, que hacían digno «pendant» con su nombre; la boca chiquita, pidiendo besos, mientras los ojos sondeaban el inmenso abismo de los suyos... ¡Un delirio!

Llegó á notar mi admiración hacia ella y observé que no la disgustaba, pero siempre procurando rehusar conversaciones que pudieran perjudicar á Carmen.

Lo comprendí, y desde entonces me presenté á mi mujer bajo un nuevo aspecto. Llegué á lo brutal, á lo inconcebible. Ella, que, aun conociendo mi desvío, sólo tenía para mí caricias y halagos, y que, víctima de ellos, había ido corroyendo su pecho de tuberculosis, era el blanco de mis iras, por ser la que me impedía acercarme á Blanca.

Llegué á ver en su enfermedad la salvación, y... ¡siento horror al recuerdo! procuré por todos los medios posibles el aligerar el avance del terrible mal. ¡Nunca llegué á creerme tan malvado!

A sus halagos contestaba con insultos, á sus caricias la respondía que no me hacían falta, y cuando, llorando con-

vulsivamente, caía en violentos accesos de tos, la lanzaba implacable: «¡Me das asco!»

Calló un momento. Estaba pálido, abatido. En sus ojos vi que brillaba una lágrima. Yo, para distraer mi emoción, dirigí la vista hacia la calle, en donde la lluvia seguía persistente.

—Pasaron unos meses, durante los cuales habíase roto el hielo entre Blanca y yo. Una noche, y mientras ella velaba á Carmen, que visiblemente agravada amenazaba el acabar de sufrir, penetré de puntillas en la habitación, y, tapando con ambas manos los ojos á Blanca, quise darla un beso, que ella esquivó á tiempo, mientras se tornaba serio su bello rostro.

«¡Pablo, respeta á la que está delante!», exclamó.

Una vez más renequé de la tísica, y procuré convencer á Blanca de lo inútil que era para mí la moribunda.

Blanca no era mala, pero en aquella ocasión se olvidó de todo, y accedió á mis deseos.

Unimos nuestras bocas con delirante entusiasmo, y cuando allí mismo iba á ser mía, resonó lúgubre la voz de Carmen:

«No... aun no... más tarde... Oye-me, Pablo... Antes quiero... un beso... Yo también quiero un beso... el último... ¿Quieres?...»

Quedamos petrificados. Blanca, en un rincón, lloraba; yo estaba indeciso.

«¿Qué no quieres?... ¿También te doy asco?... Ahora... El último, Pablo... el último...», volvió á balbucir Carmen.

Besé aquellos labios sin sangre, y me pareció que entre el beso decía: «Te perdono»

Después expiró:

Había terminado. Yo me atreví á preguntarle:

—¿Y Blanca?

Desde entonces—contestó—no nos hemos vuelto á ver. Lo he intentado varias veces, pero otras tantas el recuerdo de la muerta me ha hecho retroceder... Sus últimas palabras no las puedo olvidar... Y sin embargo, quiero á Blanca con toda mi alma...

Y rompió en sollozos, que eran contestados por el chasquido del agua al rebotar en las losas de la calle...

Rigoberto Montes Segovia.

# INFORMACIÓN TEATRAL



—Como íbamos diciendo... La segunda jornada de la artística fiesta del sainete resultó tan brillante como la primera.

—No hay que darle vueltas: los «chicos de la Prensa» se pintan solos para organizar espectáculos por el estylo. Tienen siempre de su parte á todos los artistas y al público. ¿Qué más pueden pedir? Con tales elementos imprescindibles el éxito no es difícil conseguirlo, y ellos, anualmente, lo consiguen con creces.

—El programa de esa interesante velada fué...

—El siguiente. Primero, estreno de un sainete, titulado *El rapto de la Sabina*, que á nadie le satisfizo, y mucho menos el trabajo de los actores del Coliseo Imperial, encargados de la «responsabilidad» de ese rapto.

—Mal empezó la cosa

—Después cambió la decoración, como era de esperarse. El veterano D. Tomás Luceño nos dió á conocer un delicioso sainete, marca de fábrica, intitulado *El progreso evolutivo: comestibles finos*, que entretuvo agradablemente á la concurrencia. La música pasó desapercibida. La interpretación, muy acertada, á cargo de la diminuta Isaura, Sra. Vidal y Sres. Videgáin, Vallejo, Sotillo, García Valero y Povedano. Ese «progreso evolutivo» ha progresado tanto, que figura en el cartel todos los días.

—¡Mira que un teatro convertido en tienda de comestibles!...

—¡Cállate, rival de Alfonso diciendo chistes que impresionan más que él... Los eminentes comediantes, el ilustre matrimonio, felices intérpretes de *Malvaloca*, representaron con exquisito buen gusto un lindo paso de comedia de Eduardo Marquina. *El antifaz*.

A cargo de las principales partes del teatro Cervantes corrió el nuevo sainete de Romeo y Palacios (J.), *La flarmonica*, que obtuvo franca acogida, y en donde escucharon estruendosos aplausos las Sras. Toscano y Rodríguez, Srtas. Moreno, Recatero y Muñiz, el notabilísimo Simó-Raso y los Sres. Molinero y Gatuellas.

López Marín ha hecho una refundición del sainete de D. Ramón de la Cruz *La duda satisfecha*. Sin ningún género de «duda» satisfizonos á todos la expresada refundición, y convínose en batir palmas en obsequio del chico de las de López y en el de los artistas del Español, Srtas. Bremón, Ahiján y Ríos, y Sres. Viñas, Soto y Torres.

—¡Pues digo si te habrás divertido!

—Más que viendo en el circo taurino á Vicente Pastor en las tres últimas corridas.

—¿No eres pastorista?

—Soy «mosquerista»... Bueno; continuemos con la fiesta del sainete. Julia Fons y Peña cantaron sus cuatro veces el «movido» y gracioso dúo de los paraguas de *La mujer divorciada*; se les aclamó con verdadero entusiasmo.

La Goya interpretó un delicioso monólogo de Linares Rivas con seguidillas manchegas del maestro Calleja. Artistas y autores fueron aplaudidos. Después la hermosa Carmen Fernández armó un alboroto de contento con *La riojana* y otras canciones de su repertorio. La Fernández ha entrado de nuevo á pertenecer á la compañía de Apolo.

—Iré á verla.

—La señorita Calzado cantó unos couplets franceses con gracia sin igual; y... á las nueve y cuarto de la noche bajó el telón por última vez, dando fin al espectáculo, tan admirablemente dispuesto por los Sres. Saint-Aubin y Cartaríneu.

—Hasta el año próximo, que tendremos nueva fiesta del sainete.

—Y que no falte.

—No te vi en Lara en el beneficio de la señora Bárcena.

—Lo creo; como que no estuve.

—Yo sí, soy un buen admirador suyo, y «sin querer» acudí al teatro de don Cándido y Yáñez. Vi el estreno de un sainete andaluz...

—¿Continúan las perdices de marras?...

—De los Sres. Olivares y Fernández, que se titula *Me dijiste que era fea*...

—¿Y no es verdad?...

—No señor, porque ni la señora Bárcena es fea, ni el sainete tampoco. Martínez Sierra estrenó también aquella noche una «tontería» de comedia en un acto, *El pobrecito Juan*, que alcanzó un éxito loco. La nueva producción del autor de *Canción de cuna* es una primorosa obrita, en la cual presenta un tipo de mujer, colosalmente encarnado en la señora Bárcena, que por sí sola se lleva al público de calle.

—El diálogo de *El pobrecito Juan*, es siempre vivo é ingenioso, lleno de donaire, y mordaz y acariciador; el argumento es sencillo, pero dentro [de esa sencillez] ¡es tan grande y tan hermoso!... Los de Lara trabajaron con el cariño de costumbre, y con la beneficiada compartieron los aplausos

que se les dedicaron las señoras Alba y Alverá y los Sres. Romea, Manrique y Mora.

—Siento no haber presenciado el estreno de Martínez Sierra.

—Pues ya no tiene remedio. Pongo en tu conocimiento que los populares y simpáticos autores Sres. Perrín y Palacios han leído en Apolo una revista de espectáculo sorprendente que llevará por título, si no se lo cambian, *Las mujeres de Don Juan*. ¿Lo sabías?

—Ni una palabra.

—Ya han comenzado los ensayos y lo más pronto posible se pondrán «esas mujeres» á la vista del público.

—O lo que es lo mismo, augúrase un nuevo éxito á la acreditada razón social de ambos distinguidos escritores.

—Dios te oiga.

—También los dichos moradores del barrio de la Prosperidad tienen en ensayo una obra en el Gran Teatro, á la que ha puesto música el maestro Vives.

—¿Vives?... Vives bien enterado de todos estos menesteres de bastidores, admirable amigo.

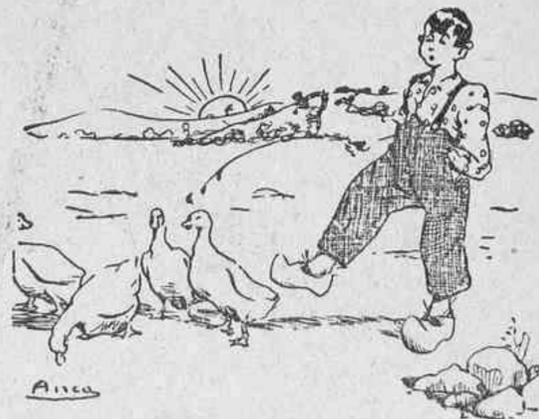
—¡Pchs! En algo se ha de matar el tiempo. ¿Deseas saber alguna cosa más?

—¿Qué opinas del asunto que se discute en el Congreso sobre el acta de diputado por Cabra?

—¿Yo? Que me alegro de verte bueno...

—¡Ah! Se me olvidaba. La última función que dió la Sociedad Alvarez Quintero en el Teatro Cervantes fué, como todas las suyas, un éxito completo. Se representaron *El genio alegre* y *Los monigotes*. La interpretación fué esmeradísima, distinguiéndose por lo notable de su trabajo las Srtas. Berrocal, Guirao y Roldán, y los Sres. Rojas, Granja y Alesanco. Todos fueron muy justamente aplaudidos por la distinguida concurrencia que llenaba la sala.

## Colirón.



AGUAS DE

# "EL SALOBRRAL"



ESPECIALMENTE  
INDICADAS PARA  
ENFERMEDADES  
DEL APARATO -  
GASTRO-INTESTI-  
NAL RIÑONES  
DIABETES Y OBE-  
SIDAD

BALNEARIO  
VILLA-ELENA  
SANTA CRUZ  
DE MUDELA  
CIUDAD  
REAL

SANTANA BONILLA